

Discusión del ensayo de Talcott Parsons “La posición de la teoría sociológica”*

.....
Discussion of Talcott Parsons’
“The position of sociological theory”

Robert King Merton

Universidad de Columbia, Nueva York

Traducido por Fernando Cubides Cipagauta**
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Comenzaré citando el pasaje del texto de Parsons que suscitó mi interés en discutirlo, y es su observación según la cual:

Ya es tiempo de ocuparse de la teoría como una labor común de los miembros de un grupo profesional que estén teóricamente interesados, más que por “teorías” o por la discusión crítica de trabajos de una variedad de gente muy diversa. Resulta algo promisorio entonces que varias contribuciones actuales pudieran converger en el desarrollo de una estructura conceptual simple.

Quiero hacer tres precisiones respecto de dicha afirmación. La primera, aquello en lo que estoy parcialmente de acuerdo; en segundo lugar,

* Tomado de *American Sociological Review* (1948, abril), 13, pp. 164-168. Este texto, como el que es objeto de discusión, nos ilustra acerca de la riqueza y fertilidad de un estilo de discusión característico de la academia norteamericana por estos años. Tanto la ponencia de Parsons como el presente comentario de Merton fueron presentados en la reunión anual de la American Sociological Society el 28 de diciembre de 1947 en Nueva York. Y tuvieron sendos desarrollos teóricos en las respectivas obras de los dos intervinientes. A raíz de los comentarios de Merton, Parsons amplió su posición en el que llegó a ser uno de sus ensayos fundamentales: “La posición actual y las perspectivas de la teoría sistemática en sociología” —en español está incluido en su libro *Ensayos de teoría sociológica* (Buenos Aires: Paidós, 1967)—. Por su parte, el presente comentario de Merton podría considerarse una versión primera de su conocido texto “Sobre las teorías sociológicas de alcance intermedio”, que hace parte de su libro *Teoría y estructuras sociales*. Agradecemos la indicación de Gonzalo Cataño acerca de la importancia de este texto y la conveniencia de traducirlo. Como se sabe, Cataño es especialista en Merton y miembro del Consejo Editorial de nuestra revista. (N. del T.)

** Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. fncubidesc@unal.edu.co

me extenderé sobre algunas de las implicaciones de dicho postulado, y, por último, explicaré en qué estoy en desacuerdo.

No puedo menos que estar muy de acuerdo con el punto de vista según el cual la época en la que escuelas rivales de teoría sociológica, cada una de las cuales provee su propio sistema de doctrina en el mercado de la opinión sociológica en guerra abierta con sus enemigas, ha quedado atrás, y que está bien que así sea. Como lo sugiero más adelante, ese tipo de controversias fueron en gran medida producto del afán de crear sistemas totales de pensamiento sociológico más que pequeñas familias de teoremas verificados empíricamente.

Una de las implicaciones de lo postulado por Parsons, en cambio, merece un comentario más amplio. Dado su atractivo, la confusión de la teoría sociológica con *la historia* del pensamiento sociológico está lejos de ser abandonada. Lo cual no significa desconocer el gran valor que tiene que uno mismo se ubique en relación con la historia del pensamiento sociológico. Tan sólo niego que la historia de la teoría sociológica y una teoría actual y aplicable sean una y la misma cosa. En las escuelas de medicina, por ejemplo, no se suele confundir la historia de su disciplina con sus teorías actuales, así como tampoco los departamentos de Biología identifican la historia de la biología con la teoría vigente, la que en este mismo momento emplean y guía su investigación. Decir esto parece a la vez obvio y embarazoso. Con todo, el caso es que en la sociología esa distinción entre la historia de la teoría y los desarrollos teóricos actuales no se ha acogido del todo, por lo menos si uno toma como evidencia los currículos y las publicaciones. Recapitulando, han sido muchas las corrientes y tendencias del pensamiento sociológico —¿quién podría decir a estas alturas que un aspecto de lo anterior ha sido especulación o genuina teoría?—. Pero es relativamente poco lo sistemático de tales teorías con lo que los sociólogos de hoy operan. Tanto la historia como la construcción sistemática de teoría nos conciernen hoy, pero ésa tampoco es una razón para que las confundamos. Las teorías de un Comte o de un Spencer, o las de Hobhouse o Ratzenhofer tienen sobre todo un interés histórico, y muy poco de lo que tales autores escribieron podemos considerarlo pertinente hoy. Fueron tal vez grandes logros en su momento, pero está claro que su momento no es el nuestro. Son prueba del talento de hombres talentosos, pero no proporcionan orientaciones para el análisis actual de problemas sociológicos.

La actual teoría sistemática representa la acumulación selectiva de aquellas partes del acervo teórico que han sobrevivido a la prueba de décadas de investigación. La historia de la teoría incluye construcciones que se diluyeron al ser sometidas a pruebas rigurosas. Y eso incluye también los falsos comienzos, las doctrinas arcaicas y los escuetos errores del pasado. Confrontarse a todo eso es una parte indispensable del equipamiento teórico, pero no ha de ser sustituto de la labor sistemática en la teoría actual. En vez de identificarlas, vale más que las consideremos como esferas distintas, que sólo están relacionadas de modo parcial.

A estas alturas, debo declarar que estoy totalmente de acuerdo con las que asumo que son las implicaciones del postulado de Parsons que comencé citando. Pero cuando él sugiere que nuestra principal tarea es "la teoría" y no "las teorías", debo decir entonces que hago una excepción con esa parte de lo que postula. El hecho es que el término "teoría sociológica", tal como el de "teoría física" o el de "teoría médica", a menudo es muy equívoco, pues sugiere una mayor integración de la que existe de ordinario en cualquiera de tales disciplinas. Permítanme aclarar lo que estoy diciendo. Es obvio que cada disciplina se esfuerza por adquirir una consistencia lógica y empírica. Y desde luego que la coexistencia en el tiempo de teorías lógicamente incompatibles supone una tensión, resuelta sólo cuando una o varias de las teorías en confrontación se abandonan, o se revisan, para eliminar la inconsistencia. Y desde luego que en cada disciplina podemos encontrar conceptos básicos, postulados y teoremas que son el patrimonio común de todos los que elaboren una teoría, independientemente del rango de problemas con el que estén tratando. Pero revisemos la experiencia de dichas disciplinas de un modo más atento. Nótese cuán poco común es que se ocupen de "teoría física" o de "teoría química", y en cambio cuán típicamente tienen que ver más bien con teorías acerca de un tipo específico de fenómenos, por ejemplo, con la teoría cinética de los gases, la teoría de las ondas de luz o la teoría de las celdas en la estructura del cristal.

Y desde luego, estas distintas teorías involucran conceptos y postulados fundamentales. Pero el hecho significativo es que el progreso de estas disciplinas ha consistido en construir un amplio número de teorías específicas para cierto tipo de fenómenos, y en explorar sus relaciones mutuas, y no en centrarse en "la teoría" como tal.

Ahora bien, ello no implica que los científicos sociales deban seguir de modo acrítico las prácticas de quienes les han antecedido en el campo de las ciencias naturales, pero creo que lo anterior comporta una lección objetiva.

En las etapas iniciales de una disciplina dada, sus exponentes, típicamente, pueden pretender que han desarrollado sistemas totales de teoría que se adecúan a todo el rango de problemas que abarca la disciplina. Pero los sistemas sociológicos completos, como en su momento los sistemas completos de teoría médica o química, suelen dar lugar a conjuntos de teoría circunscrita, menos abarcadores pero más adecuados.

No esperamos ya la creación individual de un único y arquitectónico sistema que provea un completo vademécum, un catálogo completo de soluciones de los problemas sociológicos. La ciencia, aun la ciencia sociológica, no ha de ser tan simple. La sociología puede avanzar en la medida en que se comprometa más en desarrollar teorías adecuadas a un limitado rango de fenómenos, y en cambio puede dispersarse si su atención se centra en "la teoría" en su sentido lato. Confío en que lo anterior no signifique un desacuerdo básico con Parsons, y que sea más una diferencia de énfasis que de substancia, como en verdad lo sugieren pasajes posteriores de su escrito.

Considero importante, en todo caso, justificar el énfasis en cuestión y desarrollar más el argumento de mi apreciación. Creo que nuestra tarea más importante *hoy* consiste en desarrollar teorías especiales aplicables a un rango limitado de datos —por ejemplo, teorías sobre la dinámica de las clases sociales, teorías de los grupos en conflicto, del flujo del poder y de la influencia interpersonal en las comunidades—, más que buscar aquí y ahora el concepto “simple” de estructura adecuado para derivar todas esas y otras teorías. Decir que ambos se necesitan es tan correcto como banal; el problema es cómo emplear nuestros recursos. Lo que sugiero entonces es que el camino hacia un esquema conceptual efectivo se construye trabajando en teorías especiales, que sigue siendo una meta postergada, más que dedicándose a construirlo directamente ahora. Que un énfasis así se está necesitando se comprueba si pasamos revista a los libros sobre teoría sociológica. Notemos cuán pocas, cuán dispersas y podríamos decir cuán poco sugestivas son las teorías sociológicas específicas que se derivan de un mismo esquema conceptual. La teoría básica, por así decirlo, va tan delante de las teorías específicas confirmadas que parece más un programa hacia el futuro que la *consolidación* de tales teorías. Esto no es un lamento. Como lo señala Parsons, se ha progresado mucho recientemente. La convergencia gradual de algunos bloques de teoría en psicología social, en antropología social y en sociología es el preanuncio de una nueva era de avances teóricos. Habiendo dicho esto, debe admitirse, sin embargo, que gran parte de lo que se llama ahora “teoría sociológica” consiste en *orientaciones generales* hacia los datos, sugerencias de nuevos tipos de variables que deben ser tenidas en cuenta, más que juicios claros y verificables que relacionen variables específicas¹. Tenemos muchos conceptos pero pocas teorías confirmadas, muchos puntos de vista pero pocos teoremas, muchas “aproximaciones” [*approaches*] pero pocas conclusiones. Quizás el mencionado énfasis, entonces, sea para bien.

La teoría sociológica puede avanzar en los siguientes planos conectados entre sí: mediante teorías especiales adecuadas a un rango limitado de datos sociales y mediante la evolución de un esquema conceptual que se adecúe a la *consolidación* de grupos de teorías especiales. Concentrarse únicamente en teorías especiales es correr el riesgo de terminar en especulaciones *ad hoc* y no relacionadas, y con un número de observaciones limitadas, inconsistentes entre sí. Concentrarse únicamente en el gran esquema conceptual y derivar de él toda la teoría sociológica es correr el riesgo de producir en el siglo xx equivalentes de los amplios sistemas filosóficos del pasado, con todo lo que tuvieron de sugestivos, con su esplendor arquitectónico... y su esterilidad científica.

Quiérase o no, los hombres procuran colocar de manera óptima sus recursos, y, lo reconozcan o no, dichas asignaciones reflejan su política del momento. Y esto es válido tanto para la producción de teoría sociológica

1. Esta observación procuraré ampliarla en mi artículo “Teoría sociológica” (*American Journal of Sociology*, 50 [1945], pp. 462-473).

como para la producción de artículos de plomería. Estos comentarios, suscitados por el artículo de Parsons, son, pues, un intento de conducir a una decisión acerca de las metas que enfrentan quienes cultivan la teoría sociológica. ¿Qué debe comprometer más nuestras energías y recursos: la búsqueda de teorías especiales verificables o la búsqueda de esquemas conceptuales omnicomprendivos?

Yo creo (y las creencias están, claro, sujetas a error) que en el tiempo por venir son las teorías especiales las más promisorias, puesto que bajo esa búsqueda de uniformidades sociales hay un especial interés en *consolidar* las teorías especiales llevándolas a un conjunto general de proposiciones mutuamente consistentes.

Con miras a una fijación de metas en cuanto a la tradición sociológica, yo sólo puedo añadir, sin discutirlos íntegramente, apenas enumerándolos, cinco puntos más del artículo de Parsons que a mi juicio demandan una mayor elaboración. Considero que estos puntos son centrales, en cuanto la atención que se preste a cada uno de ellos afectará de modo profundo la naturaleza de los resultados teóricos.

1. Cuando Parsons anota que "la situación social" puede ser analizada con respecto a "los varios tipos de significación de hechos situacionales para el actor", eso demanda una mayor aclaración. ¿Significa lo anterior que los sociólogos deben tomar sólo aquellos aspectos de la situación "objetiva" por los que se orienta el actor individual (cognitivamente, afectivamente o mediante la definición de metas)? ¿Ello implica que los aspectos observables de la situación que para el actor resulten completamente inesperados deben además ser eliminados como hechos pertinentes para el sociólogo? Si es así, disiento. Por ejemplo, ¿debe el sociólogo buscar interpretaciones al persistente optimismo de los empresarios de pequeños negocios aunque ellos suelen desestimar el papel de las decisiones gubernamentales en la situación de conjunto y sean inconscientes acerca de cómo esas decisiones tienen un impacto directo en sus propias expectativas de vida? Pienso que no, y sé de buena tinta que Parsons piensa que no.

2. Cuando se habla acerca de que entendemos la acción de los individuos sólo si tenemos en cuenta "sus esfuerzos por definirla cognitivamente en cuanto a sus actitudes afectivas", Parsons, como él mismo lo reconoce, está reviviendo las antiguas categorías de cognición, volición y afección. El que sean categorías clásicas no es suficiente garantía para aceptarlas, como tampoco para rechazar su autoridad. Pero podría considerarse que todo ello hace parte de un ciclo repetido, el de abandonar y retomar clasificaciones de aspectos de la conducta, cada uno de los cuales involucra en su esfera un amplio número de elementos específicos de la conducta. Y debe contemplarse la posibilidad de que los elementos de cada una de estas esferas puedan ser tan heterogéneos como para poner dichas categorías en cuestión. La categorización prematura puede ser tan peligrosa como la ausencia de toda categorización.

3. Debo añadir que el concepto de "necesidades funcionales" (o "prerrequisitos funcionales") es básico para cualquier análisis funcional

de los sistemas sociales. Debo subrayar, sin embargo, que, en el presente, este concepto es uno de los más nebulosos y menos articulados en el panorama de los conceptos funcionales. Por razones de espacio, Parsons se limita a dar un juicio acerca de tres amplias necesidades de cualquier sistema social:

a. Los prerrequisitos de la supervivencia biológica de una proporción “suficiente” de sus miembros.

b. Dispositivos que permitan un mínimo de coordinación de actividades a miembros de la sociedad y al sistema social como un todo.

c. Disposiciones para motivar a la gente para el desempeño de roles sociales “esenciales”.

En cuanto las anteriores son categorías de necesidades funcionales, tienen también un carácter formal. Y es aquí donde la noción actual de necesidades funcionales nos lleva a serias dificultades. El siguiente es apenas un esbozo, tomado de una larga lista de dificultades puestas de presente por ese carácter formal de los conceptos de necesidades funcionales.

a. La noción de “necesidad”, como Hull lo ha mostrado ya, es una variable interviniente. Para que sea útil como concepto sistemático, debe referirse tanto a unas condiciones observables que le antecedan como a unas consecuencias observables. De otro modo, el concepto arriesga ser tautológico, o de carácter *ex post facto*. Hasta ahora tales requerimientos para el uso de variables intervinientes raramente son satisfechos por las necesidades que actualmente se indican en los sistemas sociales.

b. Parsons hace un énfasis en los requisitos funcionales para el *mantenimiento* o la *supervivencia* de cualquier sistema social. Ello es acorde con tendencias previas en la sociología funcionalista. Pero no dirige de modo adecuado la atención del observador a la *clase* de sistema social que ha de sobrevivir. La analogía biológica, tan útil, por lo demás, aquí es equivocada. ¿Para cuáles necesidades funcionales de un sistema social que ha cambiado, aunque haya sobrevivido, y en el que las posiciones de su estructura social están significativamente alteradas, se aplica? Además, todo intento en esa dirección y los énfasis en la necesidad de supervivencia tienden a focalizar la atención de los observadores en lo estático más que en el cambio y distraen la atención de las necesidades funcionales para determinado tipo de cambio.

De la misma manera, el problema *formal* del mantenimiento de un sistema social dado no nos conduce al rango de órdenes sociales posibles en la misma población de individuos interrelacionados. Puede haber un “orden” en el que el nivel inferior comience a ascender, o un “orden” en el que el nivel superior permanezca donde está. Ambos representarían “órdenes sociales”, pero con consecuencias muy diferentes para diversos miembros de la sociedad.

Ahora bien, Parsons puede estar entre los primeros que reconozcan todo esto. Pero volveremos a esto más adelante, y, entre tanto, debemos notar que la diferencia entre el énfasis explícito y la aceptación implícita es a menudo muy grande y afecta el curso de nuestra indagación. De ahí

mi impresión, muy fuerte, extraída de un examen sistemático de varios análisis funcionales, de que los sociólogos y antropólogos funcionalistas, al ocuparse del problema del "orden" y del "mantenimiento" de los sistemas sociales, han circunscrito su atención como científicos al estudio de procesos mediante los cuales un sistema dado se preserva intacto, más que a los procesos utilizables para determinar los cambios básicos en la estructura social.

c. Por encima de todo esto, sólo puedo mencionar (y de un modo en que la brevedad corre el riesgo de tomarse como aserción dogmática) que un examen de estudios funcionales muestra con claridad que un inventario mínimo de "necesidades funcionales" de un sistema social no se ha hecho todavía. El notable y valioso, aunque fallido, intento de Malinowski es apenas el testimonio individual de una deficiencia más amplia. Cuando un va de lo general, del plano formal del "orden", la "supervivencia" y la "socialización", al plano de las necesidades específicas, identificadas de un modo demostrable, en sistemas sociales dados, el acuerdo da paso a una opinión ampliamente dispersa. Está allí para ser publicado un conjunto útil de prerequisites funcionales del todo paralelos a los de la fisiología, que típicamente es tomada por los sociólogos funcionalistas como prototipo. De paso sugiero que lo anterior proviene de una dificultad metodológica básica que nos es familiar; el fácil recurso que es para el fisiólogo el diseño de un experimento para poner a prueba la utilidad de sus variables intervinientes en cuanto a necesidades funcionales específicas, que no corre parejo ni es equiparable al recurso de los sociólogos a una comparación de datos sociales y culturales, o a una indagación cuasiexperimental con grupos pequeños. Tengo la impresión de que las limitaciones metodológicas contribuyen ampliamente a la actual inadecuación de las teorías sustantivas sobre necesidades funcionales.

d. Mucho de lo anterior puede decirse de la necesidad formalmente descrita de motivar a la gente a desempeñar "los roles sociales esenciales" en una sociedad. El criterio de lo esencial, desde luego, depende fuertemente del sistema social que exista en un momento dado. En la práctica actual, los sociólogos funcionalistas dedican escasa atención a roles alternativos "esenciales" para la *modificación* de un sistema social en la dirección que sea.

4. Dado lo conciso de su presentación, Parsons no ha tratado específicamente varios conceptos que podrían matizar su énfasis en el sistema social como algo dado. Los principales de ellos son los conceptos de *disfunción social, funciones manifiestas y latentes, sustitutos y equivalentes funcionales, las diversas unidades sociales relacionadas con una función dada*, etc. Tales conceptos, y varios más, no podrían, desde luego, ser tratados de manera sistemática en un ensayo breve. (Ni en el ensayo de Parsons, ni en esta breve réplica). Pero ocurre que son precisamente los conceptos que evitarían un sesgo que, de otro modo, termina por afectar a la sociología funcionalista. A menos que se le dé el énfasis indispensable, así sea breve, desde este punto de vista teórico, los funcionalistas

terminarán volcando su atención en un conjunto infortunadamente limitado y creo, que, así mismo simplificado de problemas científicos.

5. Finalmente, Parsons adelanta un juicio admirablemente conciso del amplio sitio que se reserva en la teoría sociológica contemporánea a la indagación por los motivos de la conducta desviada y por los problemas del control social. Sólo quiero añadir que esta posición requiere gran claridad sobre lo que entendamos por “conducta desviada”, así como lo que entendamos por “instituciones sociales”; una vez que hablamos de “desviación de los requerimientos institucionales”, debemos reconocer, con Parsons, que dicha desviación puede ser vista también como una nueva pauta de conducta, probablemente surgida entre subgrupos, y al margen de las “pautas institucionales” que son apoyadas por ciertos grupos de poder y por ciertos controles legales. A menos que la teoría de las instituciones sociales incluya una sistemática consideración de los grupos específicos que dan su apoyo a determinadas instituciones, se estaría subestimando el importante rol del poder, del poder escueto, en la sociedad.

Hablar de “legitimación del poder” es emplear una frase elíptica (y, consecuentemente, muy a menudo equívoca), puesto que el poder puede ser legítimo para algunos, sin que sea legítimo para todos los grupos de una sociedad, y podría incluso llevar a la equivocación de describir el inconformismo con algunas “instituciones sociales” en particular como una “conducta desviada”.